

adoptiva llegaron á Poitiers y marcharon casi inmediatamente á una aldea vecina á San Florentino.

Allí en sus alrededores, compró Juana una casita aislada con un huertecito. Apenas en posesión del huerto, bastante capaz para rodear la casa, se puso á trabajar con ardor en su cultivo, cual si no hubiese vivido durante once años en París, rodeada de comodidades. Desde el amanecer con el azadon en la mano, cavaba la tierra, sembraba, plantaba, escarvaba, recogía los frutos, no cuidándose ni de las fatigas ni de los sudores, sin descuidar sus agujas para hacer media por la noche.

María, en los primeros tiempos, tendida sobre la yerba,

la miraba y dejaba trabajar con indiferencia pero poco á poco la accion de un aire vivificador y la necesidad de imitacion innata en los idiotas, como en los niños, obró una reaccion sobre ella, comenzando por acercarla á su nodriza, despues por ver lo que hacia y enseguida por seguir su ejemplo.

Pronto no hubo en San Florentino y sus alrededores una trabajadora igual á María, por su actividad y por su fuerza.

Tostada por el sol, robustecida por el ejercicio, mostrábase María infatigable al trabajo, y su sonrisa iba tomando una vaga espresion de inteligencia.



El muchacho insolente acometido por los pájaros.

Insensiblemente una insuperable necesidad de movimiento se dejó sentir en ella en lugar de la torpeza y aletargamiento que la dominaba desde el fatal accidente. No se la podia sujetar en la casa, de donde se escapaba sin cesar, para ir á correr por las praderas y en los bosques. Sin conocer los peligros trepaba por las mas escarpadas rocas, se dejaba caer por lo largo de las cuestas y emprendía las mas temerarias escursiones. Concluyó por subirse á los árboles y saltar de rama en rama con la destreza y agilidad de una ardilla.

Juana, á quien la necesidad de la vagancia de la niña, habia comenzado por entristecer, concluyó por resignarse y por dejarla hacer.

SEGUNDA SERIE. — 1866.

Sabia además que todos la miraban con el supersticioso respeto que en Francia y en muchos países se tiene á los desgraciados seres privados de razon.

Un año despues de esto, la nodriza vió una tarde volverse á María, que, segun su costumbre, habia salido muy temprano aquella mañana. Aunque la idiota no contaba mas que doce ó trece años, era alta, desarrollada y robusta, y parecia anunciar quince ó diez y seis.

En cuanto vió á su nodriza corrió hácia ella, é hizo oír cierta inflexion gutural de que se servia para mostrar su satisfaccion, y levantando con precacion una punta de su delantal hecho girones, enseñó un objeto que en él traía cuidadosamente envuelto.

AÑO XXIV. 23.



Era un nido de mirlos negros, en el que había cuatro pajaritos.

—¿Qué quieres hacer de esos pobres pájaros? preguntó Juana. Es preciso no dejarlos morir de hambre. ¡Pobre niña! La estoy hablando como si pudiese comprenderme.

Con gran sorpresa de su nodriza, María enseñó unas cecezas colocadas en una punta anudada de su delantal, y se las presentó á los pajarillos, que abrieron inmediatamente su pico chillando, y se tragaron la provision que la niña les presentaba. Despues que se hartaron, la niña, que se hallaba acurrucada delante del nido, se levantó, fué á recoger en el huerto cerca de un arroyuelo que lo bañaba unas varitas de mimbres, y formó con ellas una especie de cesto; colocando en él los pajaritos, y poniéndose las manos junto á la boca, imitó el piar de los mirlos, cuando hace poco tenían hambre y pedían comida.

Cogió en seguida á Juana y se la llevó á un rincón del huerto detrás de una zarza, y poniendo su dedo sobre sus labios, le recomendó guardase silencio.

### III.

#### LOS MIRLOS NEGROS.

Sorprendida, casi aterrada y sobre todo conmovida, se sintió Juana á la vez, al ver aparecer sobre las facciones de María aquel primer destello de inteligencia desde su salida de París. El ojo parado y fijo de la niña, se clavaba en el suelo con la espresion del que espera. La impaciencia agitaba su pecho, y su mano estrechaba la mano de su madre adoptiva, que la sentía temblar entre sus dedos.

De pronto fué mas estrecho el apretón de manos, y un sonido inarticulado se escapó de los labios de la jóven, que levantó vivamente su cabeza al cielo.

Dos puntos negros aparecían en el aire sobre la cabaña. Visibles apenas en un principio, poco á poco se fueron aproximando aquellos dos puntos, abultándose y dejándose percibir por Juana y María, que vieron dos mirlos. Despues de vacilaciones y mil timidas precauciones, concluyeron los pájaros por tocar rasando con sus alas el cesto que contenía el nido, en el que los pajarillos, que los habían visto, se agitaban y daban agudos chillidos. Al fin uno de los mirlos, la hembra, fácil de reconocer por su tamaño mas pequeño y sus formas mas esbeltas, se aventuró la primera, al pronto á posarse sobre las orillas de la cesta, y á bajar despues al nido. Los polluelos se apresuraron á acobijarse hácia sus alas, en donde se oyó poco á poco aplacarse sus chillidos, amortiguarse, y por último cesar del todo.

Durante este tiempo, el macho se mantenía listo sobre una rama de un árbol inmediato. Veíasele hacer la centinela, volviendo á derecha é izquierda por delante y por detrás su negra cabecita y sus inteligentes ojos. Dos ó tres veces el choque de una rama, una hoja que caía, ó un ruido á lo lejos, le hicieron dar una señal de alarma. Entonces la hembra lanzábase fuera del nido, volaba con su compañero, cerníase en los aires, ó bien se sepultaba en lo mas frondoso de un árbol. Poco á poco tranquilizábala el silencio, y enteramente convencida de que no había peligro, volvía á ocupar su lugar en medio del nido.

No se cansaba María de mirar aquella escena, y obligó á Juana á permanecer allí escondida é inmóvil con ella durante dos largas horas, y hasta la caída de la noche. Cuando cesó de ver los pájaros, suspiró, cogió á su nodriza de la mano, y con mil precauciones y dando toda suerte de

rodeos la volvió á la cabaña, sin que pudieran aperebirse los pájaros de su marcha y asustarse.

Vuelta á la casa, se arrojó en los brazos de Juana, y murmuró con esfuerzo, y colocando la mano sobre el pecho, la palabra *mamá*.

Juana devolvió con efusion sus caricias á la que se las dirigía por la primera vez despues de tan largo tiempo, y se postró de rodillas ante la imagen de un crucifijo colgado á la cabecera de su cama.

Cuando hubo terminado su oracion, mezclada con lágrimas y se levantó, vió á María arrodillada á su lado y esforzándose en juntar las manos como lo había visto hacer á ella poco antes.

Á la mañana siguiente al amanecer y antes de que Juana se despertase, salió furtivamente la niña de su cuarto, se fué al vecino bosque y juntó varios insectos y frutas. Vuelta al huerto, se tendió entre las yerbas, y arrastrándose se aproximó lentamente al nido.

Con tal precaucion lo hizo, que los mirlos nada vieron, nada oyeron y aun no hicieron movimiento alguno de inquietud.

Entonces depositó á alguna distancia la provision que llevaba, y esperó con los ojos clavados en la cesta donde estaba el nido.

Comenzaba á salir el sol y arrojaba sus primeros rayos sobre el huerto, envuelto todavia en una ligera niebla, que no tardó en disiparse bajo la influencia del tibio calor del astro del dia.

El macho fué el primero que se despertó, sacó su cabeza que tenía oculta bajo sus alas, saltó de la cesta á una rama de un árbol, entreabrió el pico, olfateó en torno suyo las buenas emanaciones que se derramaban en el aire, sacudió sus plumas y del primer golpe, sin vacilar, se lanzó sobre las frutas y los insectos.

Á la vista de María echó á volar con terror, y se remontó á grande altura, arrojando un chillido de agonía.

Á aquel chillido se echó á volar á su vez la hembra, y se reunió con el macho. Los dos anduvieron durante algunos momentos revoloteando; unas veces tan alto que se les perdía de vista, otras tocando ligeramente la tierra. Al fin, tranquilizados por la inmovilidad de María, cuyo corazón palpitaba sin embargo fuertemente, se aventuraron á posarse á alguna distancia sobre el suelo, y á picotear uno ó dos insectos que se esforzaban en huir, y que se hallaban ya á bastante distancia de donde los había colocado María. Llevaron aquel botín al nido, y los polluelos recibieron con chillidos de alegría aquel principio de su desayuno.

Animados con su primer ensayo, volvieron los pájaros á la carga, y esta vez acometieron al monton principal, y cada vez mas asegurados, concluyeron por entregarse á su pillaje, sin tomar precauciones y con toda seguridad. Apenas quedaba sobre la arena un puñado de granos; María se aprovechó de un momento en que los mirlos se hallaban ocupados en la cesta en dar de comer con el pico á los polluelos, para coger rápidamente aquellos pocos granos, que colocó en la palma de su mano.

Al volver, sorprendidos los pájaros de no ver los granos en su primer sitio, huyeron asustados y no volvieron sino con mil precauciones.

Al fin la hembra se colocó delante de la mano de la niña lo mas lejos que pudo, pero calculando, sin embargo, la distancia á que podía alcanzarla con la punta del pico.

Entonces alargó su cuello y con un brusco movimiento, cogió un grano, tomó la fuga y miró desde un zarzal inmediato lo que iba á suceder.



Nada se movió.

Volvió á comenzar aquel manejo y no lo dejó hasta después de haber cogido el último grano que había en la palma de la mano de María.

Esta se arrastró á setenta pasos de allí, se levantó poquito á poco, volvió á su casa, abrazó de nuevo á su madre, estendió el dedo índice hacia el nido, dió una palmada de alegría y removiendo con esfuerzo los labios y estendiendo las hinchadas venas de su garganta después de dos ó tres penosas tentativas, logró articular la palabra *pájaro*. Feliz cuanto puede expresarse, de su éxito, empezó á dar palmadas de nuevo saltando alegremente y repitiendo veinte veces seguidas *¡pájaro! ¡pájaro! ¡pájaro!* no hay necesidad de decir que durante todo el día se dejó en un aislamiento completo á los mirlos y sus polluelos.

Juana cuidó de no trabajar en la parte del huerto donde se hallaba el nido y María volvió al bosque á buscar provisiones de toda clase para sus pensionistas.

Al cabo de algunos días los pájaros no solo habían elegido su domicilio en la cesta, sino que ya no se echaban á volar aun cuando Juana, y sobre todo María, pasasen cerca de ellos. Seguros de que no querían hacerles mal, manifestaban una completa seguridad, como sucede á todos los animales aun en los mas tímidos.

Todo el tiempo que María no pasaba en el bosque en buscar alimento para sus favoritos, lo consagraba sentada cerca de la cesta en contemplar el nido de sus pajaritos.

Los mirlos no tardaron á su llegada en manifestarle su alegría y en picotear en sus manos el alimento que les servía.

Muy pronto no vacilaron en saltar sobre sus hombros, acariciar sus cabellos con el pico y dejarse acariciar. Algunas veces la confiaban la guarda del nido y se volaban á cazar lejos, durante horas enteras, ó bien si se quedaban en el nido y se prolongaba mas que de costumbre la ausencia de María, salían á su encuentro saludándola en el aire y saltando de rama en rama por el camino que esta llevaba.

Los pajaritos que iban creciendo visiblemente y se hallaban bien alimentados, tenían igual afecto á María que á sus padres. Comían con tan buena gana en su mano, como en el pico materno y trepaban por los mimbres de la cesta para saltar sobre las rodillas de María, siguiéndola por todo el huerto y por la casa con gran placer de la niña é inefable alegría de Juana, que animada, feliz y llena de satisfacción repetía con roncadas entonaciones *¡mamá! ¡pájaro! ¡mamá! ¡pájaro!* Dos meses después los paseos de la alada familia y de su amiga, no se limitaban ya al huerto y á la cabaña, sino que todos los días iban juntos al bosque y á la pradera pasando allí días enteros. Los mirlos volaban por el aire y se ponían en los árboles, pero en cuanto María daba un silbido que se oía desde muy lejos, acudían los padres y los cinco pollitos á disputarse el saltar sobre los hombros y la cabeza de María.

Por la noche volvía la niña á su cabaña con su escolta completa, revoloteando ésta sobre su cabeza, y gritando María en cuanto descubría su nodriza *¡mamá! ¡pájaro!*

Los habitantes de San Florentino, que repararon en aquella extraña amistad de la hija adoptiva de Juana y de la bandada de mirlos, no sabiendo como explicar aquel fenómeno lo atribuían á *brujería*.

Los muchachos oyendo sin cesar dar el epíteto de bruja á María, cuya debilidad y locura habían respetado hasta entonces, se dejaron llevar de los malos instintos de su edad, sin compasión y comenzaron poco á poco á tomar

aversion á la idiota. Señalábanla desde lejos con el dedo, repitiendo la odiosa palabra de *bruja* con la que sus padres designaban aquella extraña criatura, siempre errante por montes y valles, con los cabellos sueltos, los vestidos en desórden, y que no sabía pronunciar mas que dos palabras de la lengua de los cristianos.

Pronto se pasa de la aversion al espíritu de hostilidad, sobre todo á la edad de siete ú ocho años, cuando hay que habérselas con un ser privado de razon y que se cree sin medio de defensa. Los chiquillos del país y aun ciertas muchachas, no dejaban de perseguir á María con sus silbidos, cuando la encontraban sola en algun camino solitario.

María habituada á la benevolencia que todos la demostraban, miraba á los chiquillos sin comprender la malevolencia de sus burlas y se reía con estúpida risa de los que la llamaban *bruja*, mezclando su voz á las suyas gritándoles con toda su fuerza *¡mamá! ¡pájaro! ¡mamá! ¡pájaro!*

Un día uno de los chiquelos mas malos, raquítico, cojo, deforme y víctima ordinaria de sus compañeros, se encontró cara á cara con María al revolver de una peña que dominaba el río. El pobre petate habituado á ver á los demás, que eran mas fuertes que él zurrarle, aprovechó aquella ocasión de ser el mas fuerte y el mas malo.

Agotó primero contra la loca su repertorio de injurias, que recibió ésta segun su costumbre riendo y gritando tan alto como él: *¡mamá! ¡pájaro!* Envalentonado con esta manera de obrar, cogió á María por el vestido desgarrándole un pedazo. La idiota se echó á reír tanto como él viendo el giron de su vestido en las manos de aquel pilluelo, que respondió á aquella risa dándole un gran puñetazo. Aquel golpe no solo arrancó un grito de dolor á la pobre niña, sino que la derribó sobre la peña con gran riesgo de que fuese á resbalarse al río.

Iba á repetir el golpe el pilluelo, cuando de pronto se sintió azotar el rostro por una bandada de invisibles asaltadores que parecían caer del cielo sobre su cabeza, cuyos picos le destrozaban la cara y que atacaban sobre todo á sus ojos no tardando en dejarle la cara cubierta de sangre y casi ciego. Estropeado echó á correr, pero sus enemigos le persiguieron encarnizadamente y no le abandonaron sino muy lejos de allí y dejándole en el estado mas lamentable.

(Se continuará.)

S. ENRIQUE BERTHOUD.

## LA FUENTE DE MONTAL.

LEYENDA ALCOYANA.

(Conclusion.)

### II.

Nada hay sobre la tierra mas variable, nada mas inconstante que la fortuna.

La fortuna que tan fácil como caprichosamente eleva en un momento á ciertos hombres que, sin su poderoso auxilio, no hubieran nunca llegado á sobresalir entre la muchedumbre que pasa sin dejar la mas ligera huella tras sí, se cansa á menudo de prodigar sus favores, y con la misma facilidad con que le ha rodeado de un esplendor deslumbrante, pero engañoso, hunde por siempre en el polvo al hombre á quien se ha dignado elevar.



La luz demasiado intensa ciega al que se empeña en mirarla, y al cegar produce una oscuridad espesa y duradera; la fortuna que ilumina de pronto con irresistible brillo un nombre oscuro, suele robarle en breve su pasajero resplandor, dejándole sumido en densas y silenciosas tinieblas.

Los condes de Margall, en las sangrientas guerras contra los sarracenos, habían adquirido en pocos años fama, títulos y riquezas, y por uno de esos caprichos de la fortuna, en muy corto tiempo, de la mas baja esfera se habían elevado, consiguiendo el título de conde, á tan alto rango que, señores de pueblos, castillos y estensas tierras, eran respetados y á veces temidos, muchas leguas en torno de su castillo, situado en lo alto de una roca no muy lejos de la villa de Cocentina, en el cual tenían de costumbre su residencia.

Don Félix, segundo conde de Margall, padre de don Enrique, el caballero que al principio de este relato cabalgaba hacia el castillo de aquel nombre, había muerto legando á su hijo un título rodeado de todo el brillo con que la fortuna, mas que la virtud y el honor, se había complacido en adornarlo.

Pero un momento de oprobio basta en el mundo para deslucir el nombre mas ilustre, y las sombras del crimen oscurecen súbitamente la radiante claridad del título mas glorioso; así los densos vapores que se elevan de entre las aguas fétidas, detenidas en el profundo barranco, van formando una nube espesa que sube y oculta, al caer de la tarde, el disco resplandeciente del sol.

El nombre de Margall debía desaparecer aborrecido, maldecido de todos.

Don Enrique que, á la muerte de su padre contaba unos treinta años, al verse dueño y señor de tantos dominios, no reparó en que él era esclavo de las tumultuosas pasiones que reinaban en su corazón. Dió desde un principio amplia libertad á sus desordenados instintos, y por la rápida pendiente del vicio, fué cayendo en el abismo profundo del desorden y la orgía, de la maldad y el deshonor.

Su alma, despreciando toda nobleza, toda virtud, se había entregado á esos sentimientos impuros que hacen del hombre un ser terrible que, impelido por la violenta fuerza del mal, deja por donde pasa desolación y ruina, luto y eterno llanto.

Cinco años habían transcurrido desde la muerte de don Félix, y durante este tiempo don Enrique, cuyas pasiones cada día mas desatadas, mas insaciables, no encontraban obstáculos para ellas invencibles, se había entregado completamente á los horribles furores del vicio, y el vicio le había conducido al abismo del crimen.

¡Cuán insondables son los designios de la Providencia!

Un crimen horroroso debía marcar el fin de dos existencias tan diferentes en su esencia, tan distintas en sus aspiraciones, en sus deseos, en sus sentimientos.

María, la virtuosa hija del honrado Jorge Perez; María, noble, candorosa é inocente, iba á ser víctima de un hombre infame, inicuo, en cuyo corazón se había arraigado la maldad.

¡Cuán á menudo se encuentran frente á frente la virtud y el vicio, y tienen que luchar, y aquella que combate siempre con nobleza y sin encono se ve vencida por su artero é implacable enemigo que emplea en la lucha la astucia y la maldad!

¡Insondables son los designios de la Providencia!

Solia don Enrique bajar algunas tardes al castillo de Alcoy y recorrer las cercanías, acompañado de su escudero Pedro, en quien tenía depositada su confianza, y quien era servidor fiel y leal, en toda la estension de la palabra, de tan buen señor.

Y era tal la fama de hombre sin conciencia y libertino que entre el pueblo gozaba el conde de Margall, que en cuanto se acercaba á Alcoy, hasta los muchachos se escondían, diciendo por lo bajo: «ya viene el diablo que vive en el Monte alto» sin duda porque su castillo estaba situado sobre una elevada roca.

En una de estas escursiones, dos meses antes del día en que principia este relato, al volver una tarde á su castillo, vió don Enrique sentada junto al camino á una joven labradora que, al parecer, por las continuas é impacientes miradas que dirigía hacia Cocentina, estaba esperando á alguien que tardaba en llegar.

Aquella joven era María que había salido al camino á esperar á su hermana Rosa, que de vez en cuando iba á Cocentina á vender la fruta del huerto que rodeaba la modesta casa de Jorge.

La sencilla hermosura de la joven llamó la atención del conde, quien, no acostumbrado á desperdiciar las ocasiones, y dispuesto siempre, aunque no fuera mas que para distraer su mal humor, á acometer nuevas aventuras, detuvo su caballo y dirigió á María algunas frases galantes.

No sabiendo ella que contestar, temerosa y avergonzada en presencia del caballero, se levantó precipitadamente y huyó presurosa á su casa.

Prosiguió el conde su camino, pero no sin advertir antes á su escudero que tratara de averiguar quien fuera la linda joven, y no le ocultara que el señor de Margall, cuyo poderío y riquezas debía conocer, había quedado sorprendido al contemplar su belleza, deseando ardientemente que se llegara á su castillo, donde él mismo quería ofrecerla un presente digno de tanta hermosura.

Hizo Pedro cuanto su señor le había mandado, cuidando siempre de hallar á la joven sola; pero todo fué inútil. Asustada María al escuchar el nombre de Margall, despreciando cuantas promesas le hiciera el escudero, y amenazándole con que, si continuaba persiguiéndola, daría parte á su padre y si era preciso al señor de Alcoy, cuidó de no salir nunca sola de su casa, ruborizándose al pensar solamente en cuan poco aprecio tenía aquel noble señor la virtud y tranquilidad de una familia.

Pasaron los días: don Enrique que, en medio de su desordenada vida tan solo hastío encontraba sin ver nunca colmados sus deseos, por lo mismo que fácilmente alcanzaba cuanto deseaba, no podía borrar de su mente la imagen de aquella joven humilde que tan fuerte resistencia oponía á su anhelo. Aquella misma resistencia insuperable avivaba mas y mas sus deseos, y sus pasiones y su voluntad se rebelaban al tropezar en el camino con un obstáculo difícil de vencer.

Al corto tiempo, lo que en un principio fué un deseo leve, un pensamiento halagüeño, se trocó en un empeño pertinaz y constante, en una idea fija, que arrebatában al conde toda alegría, toda quietud.

Las almas acostumbradas á fáciles victorias, gozan, por decirlo así, una tranquilidad, una dicha prestadas, que desaparecen con la mas ligera contrariedad.

Las almas verdaderamente nobles buscan la lucha y en la lucha se engrandecen. El reposo para ellas es nada; el combate, la inquietud son la vida!



Por eso el alma despreciable de don Enrique, antes tan altanera, tan orgullosa, se envileció desde el momento en que tuvo que luchar para vencer, y no encontrando en sí misma un resto de nobleza, tuvo que emplear la fuerza contra la débil virtud, toda su ínicua fuerza contra un corazón débil y candoroso.

El empeño pertinaz del conde en hacerse á todo trance dueño de María, fué ya una pasión devoradora, horrible.

Pocos días antes de la tarde en que con su escudero caminaba hacia Cocentaina, don Enrique le había ordenado que á todo precio, era preciso que robara á María de su casa, y con el mayor sigilo la condujera al castillo.

Desde entonces el fiel servidor hizo todo lo posible por llevar á cabo su fatal proyecto.

Día y noche rondó con gran precaución la casa de Jorge Perez; mas nunca consiguió hallar sola á María.

Por fin, el día siguiente al en que principia esta leyenda, tuvo Pedro noticia de que Rosa y María debían ir aquella misma tarde á la villa de Cocentaina.

El escudero se disfrazó de mendigo, y se salió al camino á esperar que llegaran las dos jóvenes.

Pasado algun tiempo, divisó á las dos hermanas que lentamente se fueron acercando al punto en que él estaba.

Por fin llegaron, y Pedro, dirigiéndose humildemente á ellas, les pidió una limosna, acercándose mas y mas á María.

Y antes que las jóvenes tuviesen tiempo de contestarle, se lanzó sobre ella, la levantó entre sus fuertes brazos, y á través del campo echó á correr rápidamente, desapareciendo entre las malezas y sinuosidades de un barranco próximo.

Rosa se quedó sin aliento: se oyó un grito horrible, y el eco repitió lejano: ¡padre mio!

### III.

En un aposento, cuyo alto y artesonado techo, cuyas paredes cubiertas de cuadros, en su mayor parte religiosos, cuyos costosos, aunque escasos muebles, indicaban la riqueza del señor de Margall, estaban, á la caída de la tarde, María y don Enrique de pié y á corta distancia de dos magníficos siales.

El rostro de la desventurada joven, pálido como la muerte, sus miradas atónitas, sus manos trémulas, revelaban la angustiosa zozobra, la penosa inquietud, el terrible miedo que oprimía su antes tranquilo corazón.

Don Enrique, por el contrario, con el ardiente fuego de sus ojos, con la provocativa animación de su rostro, con la insolente altivez de sus ademanes, daba á entender cuán miserables pasiones agitaban su alma y la cruel satisfacción que sentía al ver á su víctima, indefensa, temblorosa y débil ante sus violentos caprichos.

Reinaba en aquella estancia un silencio profundo, un silencio que oprimía el corazón, que lo llenaba de espanto, y la débil claridad que penetraba por una estrecha y alta ventana, al anunciar que iba á espirar el día, parecía como un presagio de muerte, como un último y ténue resplandor que debía iluminar una vida brillante y alegre.

Largo tiempo estuvo don Enrique contemplando ávida-mente á María, que, inmóvil, permanecía como sujeta por una fuerza irresistible en el mismo sitio.

Por fin, el conde, acercándose á ella, le dijo con acento rudo:

—Siéntate, María, y desecha todo temor. Olvida cuanto ha pasado, y á nadie culpes, sino á ti propia, de que haya sido

preciso emplear la fuerza para conducirte á mi castillo. Tu loca resistencia, tu altivo desprecio me han obligado á usar contigo la violencia. Nada temas; reina serás de mi castillo y de cuanto yo poseo, pero es preciso que calmes este devorador anhelo que, desde el funesto día en que te ví, me persigue por todas partes, me consume sin cesar el corazón.

Y al pronunciar estas palabras se acercó á la joven y quiso asirle las manos.

Lanzóse María hacia la ventana que estaba entreabierta, como impelida por una fuerza invisible, y volviéndose pronta hacia el conde con los brazos extendidos, permaneció clavada en aquel sitio, muda, inmóvil y sin aliento.

Mas al ver que el conde se acercaba de nuevo á ella, lanzó un grito tan agudo, tan penetrante, tan desgarrador, que don Enrique lo oyó resonar en lo mas profundo del pecho, y, atemorizado un momento, se detuvo á corta distancia de María, indeciso, temeroso y agitado.

Transcurrido un momento, haciendo la desdichada joven un esfuerzo supremo sobre sí misma, y quedando en la misma actitud, exclamó con voz trémula:

—¡Tened piedad de mí!...

Y reuniendo todo su valor, añadió:

—¡Si dais un paso mas, me arrojo sobre esas peñas!

Turbóse don Enrique al ver la firmeza con que la joven pronunciara aquellas palabras, y permaneció un instante fijos los ojos en ella.

Mas pronto desapareció su sorpresa, y recobrando toda la serenidad, sintió de nuevo agitarse sus violentas pasiones, que le representaban cuán débil y temerosa era su voluntad, al retroceder ante tan pequeño obstáculo.

La ira se apoderó de su corazón, al verse detenido en su empeño, y entregándose ciego á la fuerza impetuosa que le arrastraba al mal, dijo con furibundo acento, apretando convulsivamente el pomo de la daga que de su cintura pendía:

—No estoy acostumbrado á suplicar, y hasta hoy nadie se ha atrevido á oponerse á mi voluntad. No quiero perder, tiempo en vanas palabras y tampoco quiero emplear contigo la violencia: no sé qué poder maldito ejerces sobre mí, pero, aunque todas las fuerzas del cielo y de la tierra contrarestaran mi empeño, es preciso que se calme este fuego abrasador que, cerca ó lejos de ti, consume, devora mi inquieta vida. Es preciso que te postres sumisa á mis piés, y que seas esclava obediente á mi voluntad. Podría en este momento hundirte mi daga en el corazón, pero no acostumbro á tomar venganza por mí mismo, y tengo fieles servidores, para quienes son leyes hasta mis miradas.... Yo te quiero sumisa.... sola te dejo con tus locos pensamientos; dentro de una hora vendrá mi escudero á preguntarte si el conde de Margall, tu señor, puede esperar de ti la obediencia y sumisión que á él le debes. Dos caminos tienes; obedecer á mi voluntad, ó morir. Si tu insano orgullo cede, serás feliz; sino, mi escudero se encargará dentro de una hora de abatir con su puñal la altivez de tu ingrato pecho.

Y pronunciadas tan terribles palabras desapareció don Enrique, cerrando tras sí la puerta del aposento, cuyo cerrojo produjo un ruido seco, que cesó momentáneamente.

Al verse sola María, se dejó caer en el suelo, y llevando ambas manos á su frente, prorumpió en abundantes lágrimas y en angustiosos suspiros.

Pasado algun tiempo, fué calmándose su agitación.

¿Cómo relatar cuán tristes y desconsoladores fueron los pensamientos que se agolpaban á su mente?



En medio del silencio y la oscuridad, permaneció María inmóvil, sin exhalar siquiera un suspiro, sumida en la mas profunda meditacion.

Y pasó lentamente el tiempo, y pasó una hora.

Y á los pocos momentos se oyó descorrer el cerrojo de la puerta, que se abrió, penetrando en el aposento el escudero Pedro con una linterna que arrojaba una luz pálida.

Dejó la linterna en el suelo, y cerró por dentro la puerta.

La imaginacion se espanta al pensar, siquiera momentáneamente, en la escena horrible que pasó entre María y el cruel escudero de don Enrique.

Corramos un espeso velo sobre tan repugnante, tan espantoso cuadro; apartemos los ojos, lector amigo que me sigues en mi relato, de aquella estancia maldita, de aquel castillo, donde el crimen tenia su morada, de aquel hombre feroz é inhumano; apartemos pronto los ojos de la desventurada María, victima inocente de un malvado, que cumplia alevosamente las órdenes dictadas por el crimen mismo, de la infeliz María, que, antes de postergar su virtud, prefirió la muerte; que antes de doblegar siquiera un momento sus nobles sentimientos, prefirió entregar á aquel verdugo una vida tan candorosa, tan pura, tan alegre, tan llena de risueñas esperanzas.

Apartemos los ojos de aquellos lugares, habitados por el espíritu del mal, porque el alma se estremece horrorizada ante crimen tan horrendo, tan repugnante, tan inaudito.

¡Pobre María!....

Profunda tristeza ha de guiar ya mi pluma hasta concluir este penoso relato. Sigueme, lector amigo, hasta el fin, y no nos detengamos antes de llegar al término, á fin de no prolongar la honda pena que se ha apoderado de nuestras almas en las últimas horas de la desdichada María.

Abandonemos para siempre el funesto castillo y volvamos á la casa de Jorge Perez. No te separes de mi lado, porque necesito tu compañía para alejar de mi imaginacion los melancólicos pensamientos que el postrimero ¡ay! de María ha despertado en ella.

#### IV.

Oscura está la noche, oscura y silenciosa, y en torno reina un reposo que infunde pavor, triste imagen de la muerte.

Hasta la naturaleza parece haberse vestido de luto, al ver que se ha marchitado aquella flor pura, y el cielo se ha despojado de su tenue brillo por no iluminar con la suave claridad de sus estrellas una escena de horror, último acto de un crimen inaudito.

Sigueme, lector, por el camino que conduce desde el castillo de Margall hacia la casa de Jorge Perez, y llena de receloso pavor el alma, detente conmigo á corta distancia de la casa, al oír un ruido de pasos que por un momento interrumpe el silencio de la noche.

A pesar de la densa oscuridad que en torno reina, no muy lejos se distingue un bulto que se mueve, que se acerca, que por fin llega.

Llenos de espanto, apartémonos del camino, ocultándonos detrás del recio tronco de una alta encina que se eleva en el sitio que hoy ocupa la Fuente de Montal.

Pero el miedo se aumenta; el bulto, en vez de continuar el camino de Alcoy, se separa de él, parece seguirnos, y

apenas escondidos detrás del corpulento tronco, llega junto á él, se para y arroja al suelo un fardo pesado que, al caer, produce un ruido sordo, pero momentáneo.

Y luego, á muy corta distancia de nosotros, principia á moverse de una manera extraña. Imposible es al pronto distinguir lo que el bulto hace; pero, mirándole fijamente, y al oír el ruido que produce el hierro al chocar contra las piedras, comprendemos en breve que está cavando con una azada.

Y al poco tiempo, al escuchar de sus labios una maldición que sin duda le arranca el despecho, notando que de las piedras brotan chispas, reconocemos en aquel acento rudo y bronco, la voz de Pedro, el escudero de don Enrique de Margall.

El sigue cavando, y los ecos repiten secamente los golpes de la azada. Y sigue cavando largo tiempo, hasta que por fin se para, arroja la azada á un lado y da dos ó tres pasos hacia el bulto que antes ha dejado caer en el suelo.

Se baja, lo levanta entre sus fuertes brazos, se dirige al sitio donde ha cavado, y arroja el bulto en el hoyo.

La tierra parece estremecerse un momento con un ruido sordo; el escudero vuelve á coger la azada y á echar en el hoyo la tierra y las piedras que habia sacado.

Y al punto se dirige hacia el camino, pronunciando estas terribles palabras:

—Todo está concluido. Ahora, María, si te encuentran enterrada tan cerca de tu casa, nadie sospechará quién te dió la muerte. Bien servido queda mi señor.

Y desaparece entre las sombras.

¡Pobre María!....

Huyamos de aquel sitio lóbrego, y dando un adios á aquella tumba, donde yacen la virtud y la nobleza escarnecidas, dejemos pasar el tiempo, y transportémonos al día en que la justicia divina debia manifestarse con todo su poder, con toda su grandeza.

El dedo de Dios marca á menudo con una señal indeleble la frente del malvado, que temprano ó tarde recibe el castigo merecido, y la justicia divina se manifiesta casi siempre bajo una forma incomprensible al hombre, de una manera sobrenatural y terrible.

Cuatro años se pasaron desde el funesto día en que fue arrebatada María por el escudero Pedro, del lado de su buena hermana, hasta el en que se descubrió el horrible crimen que habia puesto fin á su existencia.

En cuanto Jorge Perez recibió la triste noticia de la desaparicion de su hija, acudió desesperado al señor de Alcoy en demanda de justicia, y no cesó de buscarla por todos los medios imaginables.

Hizo cuanto pudo para indagar su paradero, y registró con gente armada hasta los mas apartados rincones de las montañas y bosques pertenecientes al señor de Alcoy. Mas todo fué inútil, y despues de largos días abandonó su empeño, en la creencia de que, segun las palabras de Rosa, el mendigo que se habia llevado á María, era sin duda algun ladrón que pertenecia á una de las numerosas bandas que á la sazón recorrian toda España.

Ni la mas leve sospecha se despertó respecto al conde de Margall, porque nadie podia imaginarse que su maldad llegara hasta tal punto.

Imposible es describir cuán inmensa fué la tristeza que reinó de continuo en la casa del honrado labrador.

Desde la desaparicion de María, Jorge y su hija Rosa no volvieron á gozar ni un momento de alegría, ni un instante de reposo.



Y así transcurrieron cuatro años.

Un día de San Juan fué Rosa á Concetaina con algunas frutas del huerto, y entreteniéndose en la venta mas que de costumbre, no pudo volver á casa hasta el medio día.

Tanto aceleró el paso la jóven, y era tan sofocante el calor de aquel día, que poco antes de llegar á su casa sintió una sed devoradora, y á trueque de tardar unos minutos mas, se dirigió hácia el rio con intencion de apagar la sed.

Apenas se habia separado del camino, cuando le pareció oir el murmurio de una fuente próxima. Adelantó algunos pasos mas, miró en derredor, y vió en efecto que, no muy lejos, brotaba agua trasparente por entre unas piedras, á la sombra de una elevada y robusta encina.

Se acercó, y arrodillándose se inclinó á beber.

Mas de repente quedó suspensa, creyendo oir entre el murmurio del agua una voz conocida que la llamaba.

Permaneció un momento sin respirar, escuchó atentamente, pero nada oyó.

Volvióse á bajar á beber, y ¡cuál fué su sorpresa, al ver que entre el agua flotaba una cinta blanca que salia de la fuente!

Cogió la cinta, movida por la curiosidad, tiró de ella, y al ver que oponia alguna resistencia, tiró con mas fuerza, arrancándola por fin.

Un ¡ay! fuerte, distinto, salió como del centro de la tierra, y la pobre Rosa asustada, echó á correr hácia su casa, adonde llegó sin aliento.

Contó á su padre cuanto le habia sucedido, y éste, tranquilizándola, tomó la cinta y la miró atentamente.

¡Oh, justicia divina! ¡Oh, milagro hecho por la mano de Dios!

Aquella cinta blanca era de Maria; en aquella cinta habia escritas con sangre unas palabras que decian: Enrique de Margall asesinó á tu hija.

Jorge quedó sobrecogido, sin aliento, sin voz....

Al día siguiente se divulgó la noticia de que ya se sabia quién era el asesino de Maria, descubierto milagrosamente.

El señor de Alcoy dispuso que fuera gente armada al castillo, y á todo trance condujera al conde á su presencia.

Jorge Perez, recobrando su antiguo valor, entró el primero en el castillo de Margall, cuyas puertas se abrieron sin resistencia alguna.

Penetró por fin en un aposento donde yacía don Enrique tendido y ensangrentado, con un puñal clavado en el pecho.

El conde habia sido asesinado aquel mismo día, y sus servidores todos habian huido, llevándose cuantas riquezas encontraron.

La justicia divina estaba vengada en la tierra. El cielo, por medio de un milagro, habia revelado el nombre de aquel asesino, para que fuese odioso á los hombres, y se habia servido del agua cristalina que hace correr por las entrañas de la tierra, para lavar la mancha de sangre inocente que un malvado habia vertido.

La virtud quedaba mas limpia, mas pura, mas resplandeciente que nunca; el vicio, mas repugnante, mas horrible, mas aborrecido de todos.

La fuente que lavaba la herida abierta en un pecho candoroso y puro, mostró á los hombres entre sus limpidas aguas la sangre derramada por el crimen.

¡Cuán inmenso es el poder de la Providencia!

Desde aquella época dió el pueblo en llamar á la fuente misteriosa, *Fuente de Montal*, sin duda porque al conde se le conocia entre el vulgo por ese nombre....

Adios, lector amigo que me has acompañado hasta el fin

de este relato; guarda para tí, si en él hallas alguna, las máximas que puedan hacerte amar la virtud y aborrecer el vicio, y déjame á mí toda la tristeza de la humilde leyenda que te he contado.

AUGUSTO FERRAN.

## RECUERDOS DE UN VIAJE A GRAN VELOCIDAD.

### ARTICULO II.

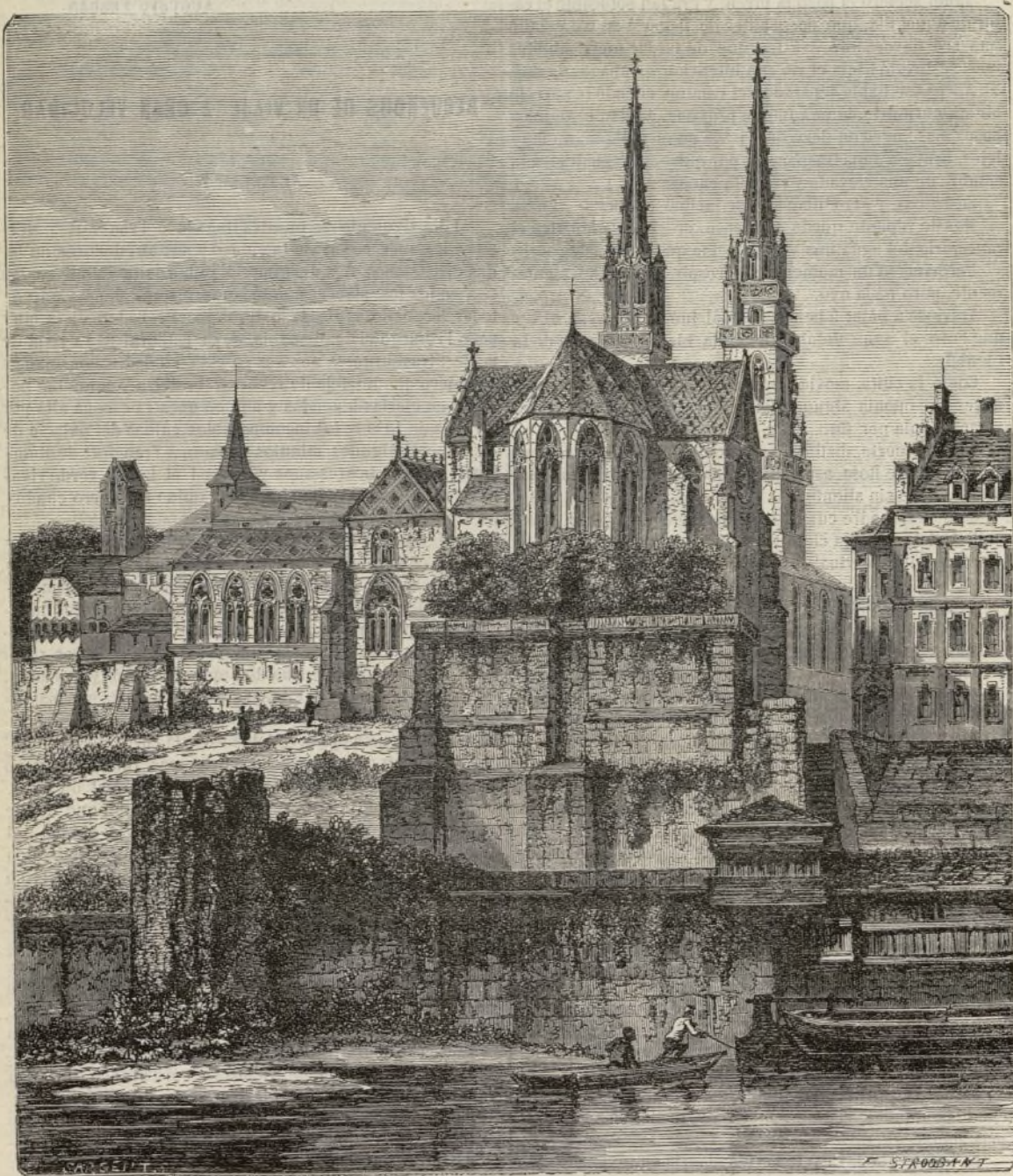
Al día siguiente de nuestra llegada á Francfort y despues de haber recorrido la ciudad y sus alrededores en todas direcciones, nos dirigimos á Baden, sitio donde se dan cita todos los placeres mundanos y que además ofrece todas las bellezas de la naturaleza. De Baden dista muy poco Friburgo el de Alemania, cuya catedral es la rival de la de Strasburgo, y una vez en esta ciudad, aconsejamos al viajero que no deje de recorrer la Selva Negra, tan popular en ciertas leyendas y aun en nuestra escena allá por los años de 1830, y las incomparables ruinas del palacio de Zbidelberg. Algunos minutos separan á Francfort de Homburgo, que en breves años y merced al tapete verde rivaliza ya con Baden, y una hora de camino de hierro conduce á Wiesbaden.

Si algunos de nuestros suscritores hacen este viaje y tienen bastante fuerza de voluntad para huir las tentaciones de la ruleta y del treinta y cuarenta, á los que la desmoralizacion de nuestra época ha levantado verdaderos palacios y templos artisticos en las mismas cortes de los soberanos, pocas residencias mas agradables podriamos recomendarles para pasar ocho dias que Baden ó Wiesbaden. Mas alegre la ciudad del ducado de Baden con su magnifico palacio de baños, las ruinas pintorescas de sus castillos y abadías, sus paseos deliciosos, la corte del gran duque de Nassau es mas aristocrática, mas romántica y no menos bella. El gran parque que rodea el cursal ó casino, la iglesia rusa de mármol y oro, mas bella aun que la que en París acaba de levantarse y que domina la ciudad, el monte de Neron, el palacio del principe Nicolás, imitacion de nuestra Alhambra, los jardines y parques de Riberich sobre el Rhin, hacen de Wiesbaden, donde, como en Baden, hay teatros, carreras de caballos, conciertos, bailes y todo género de placeres, una mansion aunque peligrosa llena de delicias. Dicen que sus aguas son escelentes para multitud de enfermedades, pero nosotros dudamos mucho que la mayor parte de los que van allí como á Ems, Spá, Baden, etc., saquen lo que sacarían de un buen régimen en Panticosa ó en Alzola. De todos modos el hotel de Inglaterra en Baden y el de Victoria en Wiesbaden, brindan con todo género de comodidades.

Despues de tres dias dedicados á visitar aunque de paso las poblaciones y monumentos de que queda hecho mérito, dejamos la Alemania y penetramos en Suiza por la antigua ciudad de Basilea, tan célebre por el famoso concilio que tuvo lugar desde 1431 á 1443. Lo mas notable de esta ciudad bajo el punto de vista artistico es la catedral construida sobre una llanura que domina el Rhin, á corta distancia del puente que une las dos partes de la poblacion. Indudablemente sobre esta misma llanura era donde en tiempo de los romanos, hábiles para elegir semejantes po-



siciones miliares, se elevaba el fuerte castillo que hizo dar á la ciudad el nombre de *Basilea*. Restos de murallas y antigüedades romanas halladas en dos ocasiones en 1786 y en 1838, han autorizado á creer que la catedral habia sido edificada en el recinto de la antigua fortaleza. Ninguna persona que haya visitado á Basilea puede olvidar el terra-



Catedral de Basilea.

plen plantado de castaños que se estiende por detrás de la catedral hasta el borde de la llanura, desde donde la vista se dilata sobre la ciudad y sobre el rio hasta los montes de la Selva Negra. A lo largo de los parapetos hay bancos, y despues de haber contemplado aquel hermoso espectáculo puede la gente sentarse y disfrutar de la pureza del aire y de la frescura de la sombra. Desde alli se distinguen por entre los troncos y ramas los poderosos contrafuertes de la